

San Peregrino Laziosi

(Protector contra las enfermedades de cáncer)



(4 de mayo)

Peregrino nació en Forlì hacia el año 1265. Siendo un joven de fogoso temperamento, junto con otros compañeros, arrojó de la ciudad con golpes e insultos a san Felipe Benicio que había intentado someter de nuevo a aquella población a la autoridad de la sede apostólica. Luego, arrepentido, pidió perdón a san Felipe y, más aún, inspirado por la gracia divina, ingresó en la Orden de los Siervos de María. Primero vivió en el convento de Siena y luego regresó a Forlì, en donde descolló por su vida de penitencia por lo cual fue curado milagrosamente de una gangrena en una pierna, y su gran caridad para con los pobres. Fue canonizado por el papa Benedicto XIII en el año de 1726.

Oración

Señor, Dios nuestro, que en san Peregrino nos has dado un ejemplo admirable de penitencia y de paciencia, concédenos que, a imitación suya, soportemos con valor las pruebas de la vida y luchemos con alegría para alcanzar el premio eterno. Por Jesucristo nuestro Señor.



Oración para pedir la curación...

Dirige tu mirada, oh Jesús,
Príncipe de la medicina y único Médico,
sobre quien está enfermo,
en especial por N...
Si tú quieres, puedes sanarlo
como sanaste al ciego, al leproso;
como sanaste a san Peregrino,
quien, lleno de confianza, se dirigía a ti,
que fuiste crucificado por nuestra salvación.
Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

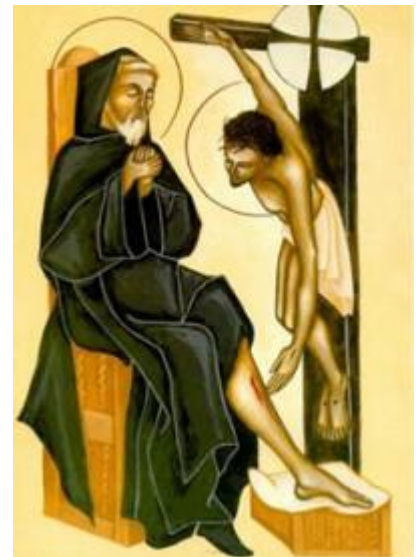
Cristo Médico

Cristo Médico:
te pedimos por intercesión de san Peregrino
que bajes una vez más a tocar y a sanar
as llagas y enfermedades
de nuestro hermano (a) N...
para que recupere la salud del cuerpo,
su espíritu se fortalezca:
su prueba se convierta en esperanza,
su debilidad en confianza,
su tribulación en paciencia
y su angustia en paz.

A ti la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Del "Propio del Oficio de la Orden de los Siervos de Maria"

Llevo en mi cuerpo la muerte de Jesús



En el año de 1283 san Felipe Benicio, entonces prior general de los Siervos de María, cuando trataba de conducir a los ciudadanos de Forlí. Sujetos a entredicho, a la obediencia de la Sede Apostólica, fue arrojado con golpes e insultos de aquella ciudad. Mientras san Felipe, como fiel imitador de Cristo, rogaba por sus perseguidores, uno de ellos, un joven de dieciocho años y de distinguida familia, llamado Peregrino Laziosi, arrepentido, fue a pedirle humildemente perdón. El piadoso Padre lo recibió afablemente. Desde entonces, aquel joven empezó a despreciar las vanidades del mundo y a invocar con fervor a la Virgen para que le mostrara el camino de la salvación. No mucho tiempo después, favorecido por una especial iluminación de nuestra Señora, acudió al convento de los Siervos en Siena, en donde, después acudió al convento de los Siervos de Siena, en donde, después de vestir con gran devoción el hábito de la Virgen, se entregó con ardor a su servicio. Allí, con la ayuda del beato Francisco de Siena, se fue ejercitando en el estilo de vida y normas de los Siervos de María.



Algunos años más tarde, fue enviado de nuevo a Forlí, Allí, lleno del amor de Dios y de nuestra Señora, se dedicaba sin tregua a recitar salmos, himnos y oraciones, amén de la meditación de la palabra de Dios; su ardiente amor al prójimo lo impulsaba a socorrer a los pobres en sus necesidades, abriéndoles los tesoros de la caridad. Así, más de una vez plugo al Señor otorgar sus dones a los necesitados por intercesión del Santo. Se cuenta que san Peregrino, ante el desolador espectáculo de la escasez de víveres en Forlí y en toda la región de Romaña, multiplicó milagrosamente el vino y el trigo.

También se destacó Peregrino por su espíritu de penitencia: derramaba copiosas lágrimas al recordar sus pecados y se confesaba con frecuencia; mortificaba su cuerpo con toda clase de penitencias; rendido por el cansancio, se apoyaba en el escaño del coro o en una piedra; sorprendido por el sueño, no buscaba el lecho sino que se tendía en la tierra desnuda.

A consecuencia del tal rigor, cuando frisaba con los sesenta años, fue acometido por un voraz cáncer originado por una llaga varicosa que padecía en la pierna derecha.

El médico Pablo Salazio fue a visitar al paciente siervo de Dios y, con el consentimiento de la comunidad, determinó amputarle la pierna. Peregrino, la noche anterior a la operación, se arrastró hasta la sala capitular para orar ante un Crucifijo que allí había; entonces agotado por el cansancio, se quedó dormido; en el sueño le pareció ver a Jesús que bajaba de la cruz le sanaba la pierna. A la mañana siguiente, el médico se presentó para llevar a cabo la amputación, pero no encontró ninguna señal de la gangrena ni cicatrices del cáncer. Quedó atónito, y esparció por toda la ciudad la noticia de tan portentoso milagro. Tal prodigio contribuyó a acrecentar la veneración que todos sentían por Peregrino. Él por su parte, crecía cada día en perfección y en el deseo de los bienes celestiales. Finalmente, aquejado por una altísima fiebre, cuando se acercaba a los ochenta años, entregó su alma a Dios en el año 1345. Extraordinaria fue la afluencia de gente, de la ciudad y los alrededores, ante su féretro. Se cuenta que algunos enfermos obtuvieron la salud por intercesión de Peregrino. Su cuerpo se conserva con gran veneración en la iglesia de los Siervos de Forlí. El papa Pablo V lo beatificó en el año 1607 y el papa Benedicto XIII lo canonizó en el año 1726.